

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

James Joyce desabonado del inconsciente

Miguel Ángel Alonso

* Texto enviado a Cita En Las Diagonales por Gustavo Dessal.

RESUMEN: En esta conferencia, Miguel Alonso transita aquellos conceptos que, tomados del *Seminario 23, El sinthome*, de Jacques Lacan, van a revelarse fundamentales para el esclarecimiento de la noción desabonado del inconsciente, ubicándola en aquél que la asume de forma paradigmática, James Joyce. En el desarrollo de esta reflexión podremos situar ese desabono, además, como elemento de autenticidad a la hora de señalar la fuente de una obra artística. Diversas contraposiciones estarán presentes a lo largo de todo el recorrido, sentido/sinsentido, la lengua/lalengüa, significación/satisfacción, lengua/escritura, categorías que, a fin de cuentas, van diseñando una línea fronteriza a lo largo de toda la obra de James Joyce, línea que irá decantándose, de forma decidida, hacia la segunda vertiente de estas oposiciones en su obra final, *Finnegans Wake*.

Intervención: 7-Julio-2016

Introducción

Antes que nada, quiero agradecer a Sergio Larriera esta nueva invitación para participar en *Lengüajes V* y celebrar su afianzamiento, ya en su quinto año de andadura. Quiero añadir, además, una celebración, el nacimiento de nuestra página web, cilajoyce.com, hito verdaderamente prometedor dentro del universo de los estudios joyceanos, y muy sugerente por los contenidos que aporta, los cuales, estoy seguro, van a ir incorporándose como auténticas innovaciones al análisis de esa singular creación literaria que James Joyce nos legó como ocupación para tenernos entretenidos a lo largo de unos cuantos siglos.

¿Por qué el título *Joyce desabonado del inconsciente*? Surgió casualmente, hace unos meses, cuando un grupo de amigos comentábamos sobre cuestiones de psicoanálisis y de la literatura de Joyce, alrededor de una mesa de tertulia. Alguien planteó allí que el concepto “desabonado del inconsciente” quizá se repetía maquinalmente en muchas ocasiones sin una plena consideración del ámbito teórico y conceptual que esta noción podía abarcar. Esto abrió mi curiosidad, y lo cierto es que tan pronto uno comienza a ocuparse de enmarcar esa noción localizándola en la figura de James Joyce, se ve llevado a transitar por múltiples conceptos limítrofes tales como el síntoma, el sinthome, la nominación, el nombre propio, *lalangue* (lalengüa), las palabras impuestas, el goce, la letra, lo real, la escritura, etc., etc. De tal manera esto es así que no parece descabellado pensar la noción desabonado del inconsciente como un condensador de

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

todos estos conceptos, pues, de forma más o menos radical, de forma más o menos matizada, configuran un campo semántico en tanto participan de esta cualidad de desabonados del inconsciente.

Por tanto, si bien el concepto “desabonado del inconsciente” es el elemento catalizador de este trabajo, no menos importancia van a tener los otros conceptos que van a ser traídos a colación, pues entre todos establecerán la auténtica significación de esa posición de desabonado del inconsciente de la cual James Joyce es el auténtico paradigma. Digo paradigma porque hay que advertir que en todos nosotros hay algo desabonado del inconsciente, es decir, algo que no responde a los requerimientos del sentido, de la significación, de la articulación significativa, del desciframiento de la verdad. Lo que hace paradigmática a la posición radical de Joyce es que éste “sabe hacer” con ese desabono, pues va a constituir su obra, su arte, su artificio, su invención, a partir de él, en su mismo lecho, o sea, fuera del discurso significativo, mientras que casi todos nosotros, ante la dificultad que presenta sustentar la vida en ese lugar verdaderamente angustioso del sinsentido, tratamos de encontrar un anclaje en alguna forma de discurso.

Quiero decir que en todo sujeto, siempre de forma singular y particular, mora algún resto que está desabonado del inconsciente. Por ejemplo, en la travesía de un análisis o en su final, un sujeto siempre se encuentra con eso que en él está desabonado del inconsciente, que no entra en la dialéctica significativa. Después de muchos intentos de incluir ese resto en la dialéctica significativa, el sujeto ha de asumir finalmente que ese desabono angustioso es una forma particular, singular e intransferible de presentársele una marca propia, y de nadie más, ligada al sinsentido, a la falta de significación, a la desarticulación del mundo significativo. Pero insisto, la

diferencia con Joyce radica en que el resto de los mortales, generalmente, no hace obra “en” ese mismo desabono, sino “a partir” de él, dirigiéndose al consuelo y al sosiego que nos ofrece cualquier tipo de discurso, cualquier tipo de lazo social.

Primera cita del concepto desabonado del inconsciente

¿De qué se trata, entonces, cuando decimos que James Joyce, a su modo particular y singular, era un desabonado del inconsciente?

Como primer paso parece pertinente dirigirse a la fuente de dónde surge dicha noción. La vamos a encontrar en una conferencia dictada por Jacques Lacan el 16 de Junio de 1975 —el mismo día de celebración del Bloomsday, y aniversario del día en que transcurre la acción del Ulises— en la Universidad La Sorbona de París con motivo del 5to. *Symposium International James Joyce*. La conferencia se titulaba *Joyce el Síntoma*, y está incluida en el *Seminario 23, El síntoma*. Dice allí Lacan: “No es solamente Joyce el síntoma, es Joyce en tanto que, si puedo decir, desabonado del inconsciente” (Lacan 2006: 162).

En esta cita encontramos ya una primera relación de frontera. Si estamos acostumbrados a escuchar “*Joyce desabonado del inconsciente*”, ya vemos que hay un añadido importante, la proximidad que Lacan sugiere con el concepto de síntoma. Esta sería, como digo, una primera relación de frontera, y se establece entre la noción “desabonado del inconsciente” y el concepto de síntoma, cuestión que habrá que matizar, pues es necesario dilucidar de qué síntoma se trata. Y ya anticipo que no va a ser del síntoma como formación del inconsciente, del síntoma transferencial que cree poder acceder, después de su desciframiento, a una síntesis

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

de la existencia que se proyectaría en una compacidad de sentido, en una comprensión de la realidad, en un acceso a la verdad, sino que se va a tratar, más bien, de esa inscripción que, como marca de goce, particular, singular, intransferible, como resto irreductible al sentido y núcleo último del síntoma, participa de lo que estamos denominando desabonado del inconsciente.

Segundo paso no menos importante. En el mismo texto se señala de forma explícita que con el título *Joyce el síntoma*, la pretensión de Lacan era clara, darle a Joyce un nombre propio:

“Lo importante para mí... es de qué modo, al plantear este título, Joyce el Síntoma, doy a Joyce nada menos que su nombre propio, ese en el que creo que se habría reconocido en la dimensión de la nominación.” (Lacan 2006: 160)

Encontramos aquí una segunda relación de frontera, el nombre propio. Nos situamos así en un campo de trabajo que trata de elaborar la articulación entre tres elementos fronterizos, la noción “desabonado del inconsciente”, el concepto de síntoma, y la nominación, el nombre propio. Vamos a ver por qué vías se produce esa vinculación. Para ello creo que lo mejor es establecer un orden de exposición. Comenzaremos por algunas consideraciones sobre la cuestión del nombre propio y la debilidad del padre de Joyce en su función de nominación; seguiremos por algunas matizaciones acerca del síntoma de Joyce centrándonos en su relación con lo que Lacan denomina el *sinthome* de las palabras impuestas; finalizaremos planteando la identidad, la encarnación que asume James Joyce del goce que conforma su síntoma. Todo lo cual, espero, nos dé una significación lo suficientemente consistente para cernir el concepto desabonado del inconsciente.

El nombre propio

Tratar la cuestión del nombre propio no es nada sencillo. Hay muchas y muy variadas reflexiones al respecto, de signo muy diferente, y sin unas conclusiones demasiado definitorias. La dificultad, a mi modo de ver, radica en una cuestión, el lugar desde dónde se teoriza en relación al nombre propio. Fundamentalmente, considero que no es lo mismo hacerlo desde un lugar de lectura con la lengua, a hacerlo desde una posición de lectura con la escritura. Para la comprensión de esta diferencia les remito al artículo *Locura y lenguaje. En lalengüa*, de Sergio Larriera, situado en el apartado *Otros operarios de lalengüa*, dentro de esta misma página Web, cilajoyce.com. Voy a tratar de confrontar las proposiciones sobre el nombre propio hechas desde la lingüística, con la posición de Lacan, más del lado de la escritura. Tres observaciones para comenzar.

Primero, *Joyce el síntoma*, como nombre propio, se sale de los márgenes de cualquier lógica convencional, de cualquier lógica lingüística o psicológica, incluso del marco descriptivo, narrativo, del Otro familiar. Y digo descriptivo porque es indudable que en la nominación, y en primer término, interviene el deseo de quien ejerce esa función, sea el padre, la madre, el abuelo, etc., lo cual implica una anticipación descriptiva, narrativa. En este sentido, las lógicas convencionales, lingüísticas, familiares, se situarían del lado del lenguaje o dentro de los determinismos psicológicos.

Segunda observación: Parece obvio plantear que cuando Lacan propone *Joyce el síntoma*, lo hace para establecer una orientación hacia lo real, o lo que es lo mismo, poner al nombre propio en relación con el goce particular del sujeto, en este caso James Joyce.

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lenguajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

Y tercera observación. En la orientación hacia lo real, Lacan, con *Joyce el síntoma*, no lee desde el lenguaje ni desde la psicología, sino que lee desde la escritura, y lo que lee es la letra, la inscripción, la marca. Decimos letra porque, como unidad lingüística que no significa nada, se propone como metáfora de ese goce que, como inscripción, como marca en el cuerpo, configura el núcleo último del síntoma, resto que, al igual que la letra, no significa nada.

Hechas estas observaciones, vamos a confrontar las dos líneas de pensamiento a las que aludía anteriormente, la de los lingüistas y la de Lacan, partiendo de la siguiente cita de Sergio Larriera en el artículo antes citado:

“Lectura: con el lenguaje y con lo escrito: leer con lo escrito, en oposición a leer con el lenguaje, lo cual supone poner de relieve lo que de letra tiene el significante”¹

Vamos a tratar de aclarar la cuestión desde la perspectiva que nos ocupa, el nombre propio. Entre las reflexiones destacadas, Sergio Larriera había traído a colación las de Russell, Stuart Mill, Gardiner. A ellas añadiré la del filósofo americano Saul Kripke, quien también hizo sus incursiones en el terreno del nombre propio.

Russell sostenía que el nombre propio era una palabra para lo particular, una palabra que no describe las cosas particulares, sino que las designa. Despoja de toda cualidad, adjetivación, caracterización, al nombre propio. Según él, tendría la misma función que un deíctico: *This* (éste), en tanto señala, designa y refiere a un objeto concreto.

Por su parte, Stuart Mill plantea que el nombre propio tiene las características de una marca. En este sentido, no se confunde con el nombre común. Nombre propio sería una

marca que identifica. Aquí, Stuart Mill, ya se sitúa en una posición aparentemente más próxima a la escritura en tanto trae a colación la marca. Sin embargo, confundir la marca con el nombre nos lleva a pensar que lee desde el lenguaje, pues no escapa a una referencia respecto al objeto. Y no se puede comprender muy bien qué identidad ofrece un nombre propio cuando se sitúa en un sujeto que, por estructura, se sostiene en una falta en ser. El nombre propio parecería, así, más un remiendo que una identidad.

En tercer lugar, Gardiner, con el nombre propio trata, igualmente, el problema de la marca, pero para él la marca por sí mismo no distingue, pues podría haber muchas marcas iguales. Es necesaria la distinción que diferencie esas marcas. Y esa diferencia la introduciría el sonido. Ese sería el elemento distintivo por la atención particular del sujeto psicológico. Introduce el sujeto psicológico como sujeto de la atención.

Como vemos, estamos en una parte totalmente especulativa de este trabajo. Para abundar en la cuestión que va a ser determinante para la comprensión de *Joyce el síntoma* como nombre propio, a saber, la contraposición entre lenguaje y escritura, traigo ahora, por mi cuenta, otras vertientes de reflexión respecto al nombre propio. Las hay que abundan en la vertiente no descriptiva, otras en una vertiente descriptiva. Pero ellas siguen sin aclarar la cuestión, pues tengo la impresión de que no se desprenden de la lectura desde el lenguaje o de la psicología. Como digo, la reflexión de Lacan, en contraposición con ellas, está decididamente situada del lado de otra lógica, la de la escritura y la letra.

Como ejemplo de reflexión no descriptiva traigo la de Saul Kripke, para quien el nombre propio sería una marca, al igual que ocurría en Russell, una especie de designador rígido. Este lógico y filósofo americano que llevó a cabo incursiones en el campo del

¹ <http://www.cilajoyce.com/otros-operarios-de-laleng%C3%BCa/locura-y-lenguaje-en-laleng%C3%BCa>.

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

lenguaje, sugiere que el nombre propio es una palabra que no se puede separar de su referente, que no se puede desplazar, sino que es invariable y constante, que nomina de forma única y directa al referente en todos los mundos posibles:

“un nombre se refiere a un objeto en virtud de una conexión causal con el objeto... se refiere al objeto nombrado en todo mundo posible en que el objeto exista”²

Entiendo que si se hace referencia a una conexión causal, eso supone que el nombre propio se tendría que hacer cargo del auténtico ser del referente. En algún momento de la historia se habría establecido esa relación directa, esa identidad absoluta entre el nombre propio y el referente. Habría, entonces, univocidad entre significante y referente hasta el punto de constituirse un signo cerrado entre ambos. Y esta relación causal sería susceptible de ser rastreada y ubicada a partir de un estudio histórico en el que se revelaría el momento justo en que se estableció.

Sin rechazar radicalmente esta hipótesis, necesito plantear alguna matización. Mi dificultad para asumirla reside en que de ella parece desprenderse una propuesta óptica sin una justificación clara. El nombre pareciera contener el mismo ser del sujeto. Es como si se estableciese una cópula perfecta, sin saber muy bien en virtud de qué designios divinos o de qué pila bautismal. Pero esto, dentro de una lógica exclusivamente lingüística, es muy difícil de aceptar. Da la impresión de que nombre y referente estarían hechos el uno para el otro, estarían esperándose, y sólo tendría que darse el encuentro causal e histórico que los haría inseparables. Pero me pregunto: ¿No sería más apropiado pensar que el nombre propio, Platón, Nerón,

Borges, Napoleón, Cantinflas, Dios, Rosalía de Castro, Pessoa, Manco de Lepanto, si se convierte en un designador rígido es porque ese nombre cae sobre el cuerpo para ceñir algo de su real, algo de su goce y abrochar, a posteriori, de forma retroactiva, el deslizamiento de sentido que, en un principio, sostiene a todo nombre propio, si pensamos que su origen es siempre descriptivo? Es decir, el nombre propio, sólo aislando la marca de goce, podría perpetuarse como designador rígido, como broche, como punto de capitón, para detener el deslizamiento del sentido. Si no es así, ¿cómo puede establecerse una rigidez en el nombre propio? En este sentido, los apodos parecerían más propios que el mismo nombre. Ellos sí señalarían una marca, una inscripción real que le daría autenticidad al sujeto que la porta.

Por otro lado, y dentro de lo que podría considerarse como vertiente descriptiva, incluiría, por ejemplo, una que me parece general, que de una u otra manera afecta a todos los sujetos y está implícitamente formulada por Lacan en el campo del Otro del lenguaje, de donde se deduce que el nombre propio está cargado de connotaciones, es decir, que procede de una narrativa:

“Y también el sujeto si puede parecer siervo del lenguaje, lo es más aun de un discurso en el movimiento universal del cual su lugar está ya inscrito en el momento de su nacimiento, aunque sólo fuese bajo la forma de su nombre propio.”
(Lacan 1989: 475)

Dentro de esta perspectiva, el nombre propio, en principio, no sería tan propio sino impuesto, proveniente del Otro familiar, quien tenía reservado, de forma anticipada, un lugar para el sujeto por venir. Podemos imaginar fácilmente a un infans en ese entramado de relaciones parentales y filiales al que Freud llamó Complejo de Edipo, en ese entrecruzamiento de deseos, odios,

² https://es.wikipedia.org/wiki/Saul_Kripke

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

amores, hostilidades, donde ese infans, sin duda, va a estar signado, actuado, determinado por los designios inconscientes de ese Otro familiar. Es por eso que el nombre propio cargaría, entonces, con una descripción anticipada y habría que incluirlo dentro de una narrativa, es decir, dentro de una lectura desde el lenguaje. No parece descabellado imaginar a un padre poniendo a su hijo su propio nombre para perpetuarse, o el de un hijo muerto al que amaba, o el de un guerrero invencible que sitúa como ideal, o el de un Dios mítico, a saber por qué ocultas razones. Es el escenario que propicia el surgimiento de sujetos abonados al lenguaje y, consiguientemente, abonados al inconsciente, ligados, de una u otra manera, a esa narrativa, identificándose o renegando de ella. Al respecto, imaginemos el peso que le cae encima a ese sujeto que recibe el nombre del hermano muerto.

De todo lo que acabamos de ver, el designador rígido de Kripke, al igual que los que hacen referencia al nombre propio como una marca, casi podríamos decir, cabalgan entre el lenguaje y la letra, lo que ocurre es que sin las matizaciones que introduce lo real no alcanzo a establecer por qué un nombre propio ha de estar unido de forma causal, directa y única a su referente. No sé a santo de qué un nombre propio, como designador rígido, habría de copular con el objeto. Ni puedo aceptar que en una vertiente descriptiva como la que acabamos de evocar, el nombre propio porte alguna cualidad auténtica del sujeto que lo haga diferente y único respecto a cualquier otro. Esto si consideramos que el nombre propio tendría que ser una marca de autenticidad de un sujeto.

Ya vemos que nos manejamos continuamente en una línea muy sutil que separa el campo del lenguaje del campo de la escritura, el campo de la significación y el campo del sinsentido, el campo del deseo y el

campo del goce, el campo de lo simbólico y el campo de lo real.

El nombre del padre

Habría que preguntarse, ¿por qué James Joyce se presta a una lectura con lo escrito y no con el lenguaje?

En primer lugar, cualquiera que lea sus obras se hace inmediatamente con una evidencia, y es que Joyce, con su obra, de forma progresiva y constante, se va distanciando del sentido, rompiendo el armazón de la lengua y la gramática inglesa, para situarse en el borde que separa la lengua y la lengua (*lalangue*). Su escritura se va situando de forma progresiva en esa frontera entre esos dos campos, para decantarse, de forma decidida, hacia el lado de la escritura y de la lengua en la segunda parte de la obra, *Ulises*, y sobre todo *Finnegans Wake*.

En segundo lugar, ¿qué circunstancias propician esta proyección de Joyce hacia lo real desabonado del inconsciente? Pienso que el cuerpo de Joyce es una página llena de letras, en el sentido en que planteábamos la letra anteriormente, como metáfora de una marca de goce. Esas letras serían las marcas con las que se inscribió la lengua del Otro en su cuerpo, sabiendo que en ese Otro había una falla estructural, la de la función paterna.

Vamos a ver por qué la falla de esta función propicia un Joyce desabonado del inconsciente. Sabemos que el Nombre del padre, o función paterna, es una función lógica, estructural, significante, formalizada por Jacques Lacan para despejar al padre de sus connotaciones imaginarias y establecer, a partir de ella, el campo de las significaciones de un sujeto, el terreno de su articulación al lenguaje y a la cadena significante. Y si leemos *Retrato del artista adolescente*, nos daremos cuenta de que esta función,

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

encarnada por el padre de Joyce, no opera con la consistencia necesaria para dar a Joyce una solidez estructural. Desde estas consideraciones decimos que el Nombre del padre es una función que está ausente en Joyce. Vemos a éste, sobre todo en momentos puntuales de su adolescencia, desanclado de las palabras, de sus significaciones, incluso sufriendo episodios que podemos situar entre la persecución y la alucinación en relación a ciertas palabras, es decir, en un claro deslizamiento psicótico.

Por ejemplo, en el capítulo 2 de *Retrato...* podemos ver el peso que la palabra tiene para Joyce. Hay un episodio en el que parece jugarse su misma estabilidad subjetiva en el encuentro con la palabra “feto”. El peso que tiene esta palabra es real. Pensemos que cuando una palabra nombra al objeto, ese objeto tiene que estar afectado por la castración, afectado por un menos, por un vacío, para poder llenarlo con el sentido y con la imagen, es decir, para presentarlo atemperado por el velo de lo simbólico y de lo imaginario. Si no es así, ese objeto pesa demasiado y funciona como un fenómeno elemental. Por eso la palabra feto le aparece a Stephen Dédalus en una vertiente persecutoria:

“En un pupitre leyó la palabra “feto” grabada varias veces en la madera oscura y manchada. Esta palabra sobrecogió su espíritu: le pareció sentir en torno a él a los ausentes estudiantes del colegio y espantarse de su compañía. Y una visión de la vida de ellos que las palabras de su padre habían sido incapaces de evocar se elevó ante sus ojos como si brotara de las letras grabadas en la mesa... Bajó a toda prisa para apartarse todo lo posible de la visión y procuró ocultar el arrebato del rostro acercando mucho la cara a las iniciales de su padre... una repugnante y peculiar enfermedad de su propia imaginación. Sus sueños monstruosos le acudieron en tropel a la memoria. También ellos habían brotado furiosamente de

improviso, sugeridos por simples palabras”
(Joyce 2012: 121).

Vemos, como primer episodio de la falla del Nombre del padre, el peso real de la palabra feto, a la que Stephen siente como un fenómeno elemental persecutorio. En segundo lugar, podemos observar con una nitidez meridiana la falta de anclaje a la cadena significante. Al respecto encontramos diversos ejemplos:

“Las palabras que no comprendía se las repetía una y otra vez, hasta que se las aprendía de memoria, y a través de ellas le llegaban vislumbres del mundo que les rodeaba” (Joyce 2012: 83).

“No había nada en el mundo real que le dijera nada, que le conmoviera, a no ser que despertara un eco de aquellos alaridos furiosos que él sentía brotar de su interior... Descorazonado de oír el sonido de las palabras de su padre. Apenas sí podía reconocer como propios sus pensamientos. Y se repitió lentamente en voz baja: Yo soy Stephen Dédalus. Voy andando junto a padre que se llama Simón Dédalus. Estamos en Cork... Cork es una ciudad...” (Joyce 2012: 125).

Podemos apreciar, tanto en el peso real de las palabras como en esta liviandad, en esta falta de anclaje, una evidente desestructuración subjetiva en James Joyce. Es consecuencia directa de la debilidad extrema del padre en su función de nominación. Un padre que, en la conversación final con Cranly, queda retratado como:

“Estudiante de medicina, remero, tenor, actor aficionado, político de estruendo, pequeño terrateniente, pequeño rentista, bebedor, buena persona, especialista en chistes y anécdotas, secretario de que sé quién, no sé qué cosa en una destilería, colector de impuestos, quebrado, y al presente ensalzador de todo su propio pasado”
(Joyce 2012: 334)

Toda esta cantidad de cambios, inestabilidad y debilidad del padre, insisto, nos deja ver la

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

ausencia o falla del Padre. La podemos ver en otras referencias, por ejemplo, cuando habla de la inestabilidad familiar y a los continuos cambios de casa:

“Desde hacía algún tiempo sentía un ligero cambio en su casa, y estos cambios, de lo que consideraba incambiable, eran otras tantas conmociones de su concepción infantil del mundo” (Joyce 2012: 86).

Como si Joyce nos estuviera hablando de una carencia de infraestructura subjetiva que le permitiese situarse en una estabilidad vital. Desde luego, el padre no se la daba. Dice: “... lo que consideraba incambiable”. Pero parece no haber en su vida nada incambiable, por el contrario, todo nos remite a una continua inestabilidad, a una auténtica fragmentación, a la presencia de múltiples puntos de fuga. Y es muy complicado constituirse en una solidez estructural desde tales carencias.

¿Qué ocurre cuando un sujeto como Joyce se encuentra con la ausencia de esta función estructural del Nombre del Padre? Necesita encontrar recursos para construir una suplencia que organice, que legisle, que ordene el mundo y ejerza de marco a un goce que amenaza con llevarse por delante al sujeto.

Y cuando falla el Padre, esas nuevas formas que va a utilizar Joyce como recurso, como suplencia, nos señalan el horizonte al que nos dirigimos. Lacan, en el *Seminario 23, El sinthome*, plantea que el síntoma de Joyce parte de la carencia del padre. Es algo que, como acabamos de ver, se siente cada vez, y con más fuerza, a medida que avanzamos en su obra.

Esta carencia de Padre hace que se le imponga una relación muy singular con la palabra. Es lo que vamos a analizar a continuación.

Las palabras impuestas

Jacques Lacan, en el capítulo 6 del *Seminario 23, El sinthome*, nos habla del hecho sintomático para Joyce: el sinthome de las palabras impuestas. Vamos a ver que con esas palabras impuestas va a construir una suplencia a la ausencia del Nombre del Padre, suplencia que va actuar como un catalizador del goce, como posibilidad de darle un marco al goce, a la desestructuración subjetiva, a través de una obra artística configurada por esas mismas palabras impuestas, sobre todo en su última creación, *Finnegans Wake*.

Llegamos a un hito fundamental en nuestro recorrido. ¿De qué se trata? Lacan nos habla de un caso clínico atendido por él mismo, un paciente que dice sentir como ciertas palabras se le imponen. Pero no sólo eso, esas palabras que se le imponen aparecen con algún giro, con algún lapsus, con alguna falta. Por ejemplo, la palabra “asesinato político” que se le impone a su paciente, le aparece con alguna letra cambiada de lugar, por ejemplo, “asistanato político”. Pero luego también se le impone en el pensamiento hacer una reflexión acerca de las palabras que le habían surgido. Ahí aparece la locura del paciente con un añadido, pues cree que todo el mundo lee su pensamiento, que no puede tener secretos ni intimidad alguna. Es decir, si todo el mundo puede ver su reflexión, habría una especie de telepatía entre él y los otros, de tal manera que los otros conseguirían ver la reflexión del paciente de Lacan que, de esa manera, ya no podía tener secretos para nadie.

¿Por qué es importante esta anécdota clínica? Porque de ella va a deducir Lacan el síntoma de Joyce. Resulta que ante la relación que su hija Lucía tenía con las palabras, Joyce nombra esa relación, que en realidad era desestructurada y psicótica, la nombra como clarividencia, como telepatía. Dice Joyce que

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

ella, Lucía, le informa de todo lo que le pasa a la gente. Es decir, podía ver los pensamientos de los demás. De semejante deducción telepática que hace Joyce, Lacan deriva que el mismo Joyce está prolongando en su hija su propio síntoma, pues cualquiera es capaz de darse cuenta de que Lucía sabía de los pensamientos de los demás lo mismo que pudiera saber cualquiera, es decir, nada. Por eso, la certeza por parte de Joyce de que su hija era portadora de una clarividencia telepática, y atendiendo al paralelismo con el caso clínico que estaba analizando, indicaría el mismo síntoma en Joyce: Las palabras impuestas.

Este caso clínico atendido por Lacan señalaría algunas características notables de la palabra, características que casi siempre saca a la luz la locura pero no la neurosis, pues resultaría extraño que un neurótico acepte una relación de servidumbre con las palabras. Más bien, un neurótico pensará que es dueño del lenguaje. En las palabras impuestas se trata de:

1. La palabra como un parásito.
2. La palabra como un cáncer que aqueja al ser humano.

Pero si bien la palabra impuesta es un parásito, e incluso un cáncer que enferma el pensamiento, hay que ver lo que Joyce hace de esa parasitación: todo un monumento artístico. ¿Qué concluye Lacan del *sinthome* de las palabras impuestas en Joyce? Considera que en el desarrollo de toda la obra de Joyce podemos observar cómo, de forma creciente y continua, va apareciendo un carácter esencial de su arte, a saber, una relación singular con la palabra que consiste en desabonarla de la gramática y del lenguaje, es decir: “*destrózar, descomponer esa palabra que va a ser escrita—hasta tal punto que termina disolviendo el lenguaje mismo...*” (Lacan 2006: 94)

Es lo mismo que hacía el paciente de Lacan cuando cambiaba “*asesinato*” por “*asistanato*”,

sólo que, insisto, si para el paciente esa imposición era un cáncer que afectaba a su pensamiento, en Joyce, además de ser un juego que a veces le producía carcajadas, esa palabra es el resorte para la construcción de una obra artística.

“Él termina imponiendo al lenguaje mismo una especie de quiebre, de descomposición, que hace que ya no haya identidad fonatoria. Sin duda hay en ello una reflexión sobre la escritura. Por medio de la escritura la palabra se descompone imponiéndose como tal, a saber, en una deformación de la que resulta ambiguo saber si se trata de liberarse del parásito palabrero del que hablaba hace poco o, por el contrario, de dejarse invadir por las propiedades de orden esencialmente fonémico de la palabra, por la polifonía de la palabra” (Lacan 2006: 94).

El final de esta cita me parece relevante por lo que nos deja ver, dos posiciones ante el síntoma. En la primera, “*liberarse del parásito palabrero*”, donde un sujeto estaría en relación al sufrimiento, y se sugiere que ese síntoma es susceptible de ser eliminado, lo cual podría ser un anhelo, por ejemplo, en el paciente de Lacan. La segunda posición sería “*dejarse invadir por las propiedades de orden fonémico de la palabra*”, donde se trataría, no de eliminar el síntoma, sino de hacer algo con él. Dos concepciones bien diferentes. Joyce va a mostrarse en este segundo plano, hacer algo con el síntoma, saber hacer con el síntoma, no detenerse en el sufrimiento derivado de las palabras impuestas, sino desabonarse de la vertiente simbólica del síntoma para hacer algo con su vertiente real, de goce.

Vamos a procurar todavía introducir una precisión importante en esta cuestión del síntoma. ¿De qué se trata en *Joyce el síntoma* como nombre propio?

1. Se trata de que Joyce, con su saber hacer, produce una identidad, una encarnación de su goce.

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

2. Joyce se estabiliza en una relación íntima con el *sinthome* de la palabra impuesta, desabonándose del Otro.
3. Transita desde la impotencia en que lo sumía su desestructuración, a una escritura decidida, nada menos que encarnando eso que de letra hay en todo significante.
4. De esa manera se sitúa en *lalengüa*. Ella es su identidad, su mismidad, una forma de situarse en el mundo “no pensándose”, una forma de habitar y ser habitado por lo real.
5. Podemos evocar a Lacan: “*No soy allí donde soy el juguete de mi pensamiento; Pienso en lo que soy allí donde no pienso pensar*”. (Lacan 1989: 498)

En estas consideraciones finales se fundaría la autenticidad de la nominación *Joyce el síntoma*. Estamos en el ámbito de la diferencia absoluta, es decir, en ese lugar donde, en el encuentro con su goce, cada sujeto se hace único, singular, irrepetible, en relación a cualquier otro. Por eso *Joyce el síntoma* no se reconoce en el Otro del lenguaje, sino que es una forma de leer con la escritura, tener en cuenta la preeminencia de un texto desabonado del inconsciente: una marca, la letra del síntoma.

Podemos sintetizar este recorrido planteando que Joyce el síntoma es el nombre de lo más singular del sujeto James Joyce, es la encarnación, en definitiva, de su *sinthome*, eso que en Joyce y en cualquier sujeto está desabonado del inconsciente. Y no es fácil encarnar ese sinsentido que mora en nosotros, es más fácil, como decía anteriormente, ir hacia el abrigo que nos ofrece el discurso con toda su carga de sentido.

Joyce pone su arte al servicio de *lalengüa*, ese concepto con el que juega el título de nuestro curso, *lalengüa* que es, a fin de cuentas, la forma en que la lengua del Otro se inscribió en el cuerpo de James Joyce. Y no pretende

civilizar ese goce con la gramática de la lengua inglesa, sino que se desabona del orden gramatical para dar cancha a su *sinthome* y con él crear una obra. Y es curioso que eso que no hace lazo social, *lalengüa*, sea la savia con la que Joyce se introduce en el lazo social, pues se la ofrece a los universitarios para que estén trescientos años descifrándola. Es a ese mundo universitario al que nos añadimos nosotros con nuestras aportaciones.

Dicho lo cual, y para ir concluyendo, pienso que sería más apropiado, una vez que Lacan conceptualiza el término *sinthome*, hablar de *Joyce el sinthome*, o si no, Joyce el síntoma, pero haciendo referencia a que ese síntoma ya no está tomado en su vertiente simbólica, ya no sería el síntoma como formación del inconsciente sino el *sinthome* como último reducto del goce, un *sinthome* desabonado del inconsciente, porque Joyce es inanalizable desde el punto de vista del sentido, en tanto su obra no procura entrar en relación con la significación ni con el lenguaje ni con la verdad. De eso se trata cuando hablamos de Joyce desabonado del inconsciente.

Como cierre de esta exposición, me parece pertinente traer a colación, por su calidad didáctica, un párrafo de Sergio Larriera, tomado de las clases del *Departamento de psicoanálisis lacaniano*:

“El significante puede aspirar a ser entendido, a ser conectado con otro significante, y ser descifrado. En cambio, en la producción joyceana hay una renuncia absoluta a lo que pudiera ser del orden de la verdad significante. Al sujeto que escribe en Joyce no le interesa para nada discernir nada de su ser, sólo es esa escritura, y sólo le interesa todo aquello que alimente esa escritura y ese triunfo de la letra sobre la palabra, sobre el significante, que lo va despedazando y lo va tornando insignificante. Joyce es un sujeto que es ajeno a la verdad, está desabonado del inconsciente, su escritura no sirve para aclarar ni para poner en escena nada del inconsciente, es casi imposible

James Joyce

vida
y
arte



Alonso, Miguel Ángel
James Joyce desabonado del inconsciente
Ciclo: Lengüajes V, 2016
Círculo Lacaniano James Joyce, Madrid, 2016.

reconocer, sobre todo en los productos finales de Joyce. Por ejemplo, en el *Finnegans Wake* no podríamos siquiera intentar la disparatada aventura de hacer una interpretación edípica del texto. Es muy fácil aplicarle el psicoanálisis a cualquier producto cultural y producir algún tipo de interpretación. Lo cual no quiere decir que eso sea correcto en el sentido de hacerlo, ni que sea conveniente, ni que eso esclarezca algo acerca de ese producto, pero es muy fácil hacerlo, ver cualquier película e interpretarla psicoanalíticamente. Pero claro, nos estamos alejando de lo que es el problema del arte para Lacan, que va cayendo del lado del objeto, del lado del goce. Es decir, no está construida la obra desde el complejo de Edipo y la relación de los significantes, sino que está construida desde el lado del goce. Entonces, en la oposición significación/satisfacción, el artista trabaja desde la satisfacción y renuncia a la significación, no le interesa la significación de su obra en términos de aclarar su problema subjetivo. Su síntoma no le interesa. A Dalí no le interesa para nada que nadie le diga ningún tipo de verdad respecto a él, lo único que le interesa es qué va a hacer con esa anécdota masturbatoria, con ese gesto homosexual, cómo lo va a poner y qué va a producir. No le interesa desvelar ninguna verdad, aunque juegue con el psicoanálisis, aunque se le llene la boca con el complejo de Edipo, de padre, de madre, pero él no está ahí desvelando absolutamente nada de sí mismo, es una máquina de producir. Produce desde el sufrimiento, desde el goce, no desde el significante. Entonces, su obra no es susceptible de aclaración, no es interpretable, discernible en términos de conexiones de significantes que dan significaciones, está desabonado del inconsciente. Siempre el artista está desabonado del inconsciente, aunque esté tratando los mismos problemas que los psicoanalistas. Porque, al final, los problemas son cuatro, y el arte no deja de tratar lo mismo de lo que trata el psicoanálisis, de lo que trata la novela, y lo que trata, hasta la música, creo yo, aunque por otro lado”. (Larriera 2007: 9).

Espero que este párrafo, como rúbrica, abraque una suficiente comprensión de lo que pretendíamos aclarar, la noción “desabonado del inconsciente” en su articulación con el síntoma, las palabras impuestas, *sinthome* y nombre propio.

Muchas gracias.

Miguel Alonso

Bibliografía

- Joyce, James. 2012. Retrato del artista adolescente. Alianza Editorial. Madrid.
- Lacan, Jacques. 2006. *El seminario 23: El sinthome*. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques. 1989. Escritos 1. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- Larriera, Sergio. 2007. NUCEP: *Departamento de Psicoanálisis Lacaniano. La última enseñanza de Lacan*. Clase 3)
- Larriera, Sergio. *Locura y lenguaje. En lalengüa*. Conferencia: Facultad de Ciencias Políticas de Granada. 2010. <http://www.cilajoyce.com/otros-operarios-de-laleng%C3%BCa/locura-y-lenguaje-en-laleng%C3%BCa>